

Los Pájaros

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Redactores y Colaboradores

FRAY CANDIL

J. BURELL

MARIANO DE CAVIA

FRANCISCO A. DE ICAZA

A. CALDERÓN

J. ARIMÓN

B. PÉREZ GALDÓS

J. O. PICÓN

U. GONZÁLEZ SERRANO

EUGENIO SELLÉS

DIBUJOS DE TOMÁS MARTÍN

Caricaturas de MECACHIS

OFICINAS

Redacción y Administración

BALLESTA 7, BAJO

ADMINISTRADOR

FEDERICO COROMINA

SUSCRIPCIÓN — Madrid:
trimestre, **2,50** pesetas—
Provincias: ídem, **2,50**—Ul-
tramar: trimestre, **4**

Número suelto, 15 céntimos



Apuntes callejeros, por TOMÁS MARTÍN

SUMARIO

Texto: Á ROMA POR TODO, por ALFREDO CALDERÓN—QUICO EL SAPO (cuento), por FRAY CANDIL—PALABRAS SUELTAS, por JULIO BURELL—BECQUER, por FRANCISCO A. DE ICAZA—LA MUERTE Y LA VIDA, por U. GONZÁLEZ SERRANO—Á TRAVÉS DE MADRID, por F. C.—DE ORO Y AZUL.

Ilustraciones: APUNTES CALLEJEROS — BECQUER, por TOMÁS MARTÍN—FRASES ILUSTRADAS, por MECACHIS (seis viñetas).

A ROMA POR TODO

Cuenta aquel insigne socarronazo de Bocaccio que cierto católico, dado al proselitismo, logró el que un su amigo, descendiente de Abraham, abjurase del Dios del Sinaí para convertirse al del Calvario. Persuadió su celo al neófito que fuera á Roma, á fin de confirmarse en su nueva fe con el edificante espectáculo de la Ciudad Eterna. Y aquí de los apuros del catequizante. Su gozo en un pozo. Porque, es lo que él se decía: apenas este rabino eche la vista encima al Papa y la curia adyacente, así reniega él de la Iglesia, como Pedro, en noche infesta, renegó del Maestro.

No hay que encarecer los esfuerzos que, bajo el imperio de preocupación tamaña, haría por disuadir al converso de su temerario empeño el apostolillo del cuento. Todo fué en vano. Tenaz en su porfía, el ex judío tomó el camino del foco del Catolicismo, y no paró hasta haber devotamente besado la pontifical zapatilla. Hecho lo cual, tornóse al lugar de su procedencia más creyente y fervoroso que á la ida.

No volvía de su asombro el catequista al contemplar el inesperado efecto que el espectáculo de la Roma pontificia hiciera sobre el catecúmeno. A tanto llegó su sorpresa, que, sin ser dueño de ocultarla, hubo de dar rienda suelta al júbilo que le causaba el ver desvanecidos sus temores. «Maravillado estoy—dijo á su amigo—de que la visita que acabáis de hacer á la Corte romana no haya contribuído á entibiar vuestra naciente fe.» A lo cual el avisado neocatólico replicó con viveza: «Nada menos que eso; antes al contrario, las cosas que yo en Roma he visto han corroborado mis creencias. Porque son tantas y de tal índole las enormidades que allí se perpetran, que el hecho de subsistir la Iglesia á pesar de ellas, es la prueba más concluyente de su institución divina. Sólo un patente milagro de la Providencia puede mantener viva una religión representada por Curiales, Prelados, Cardenales y Papas semejantes. Así, en lo sucesivo, tened confianza; y lejos de apartar de Roma á los incrédulos, enviadlos allí, donde vean, por vista de ojos, la celeste intervención con que Dios sostiene á su Iglesia.»

Y así sería, sin duda, en tiempos de aquel israelita convertido ó apóstata, según el lado por donde se le mire. Hoy ya es otra cosa. Seguramente los organizadores de la peregrinación obrera no se han propuesto vivificar la fe de los romeros por el singular sistema del sutil judío. Roma está presentable. El Pontificado tiene otro ver. No más Papas falsificados, párvulos, heréticos, descreídos, incestuosos, simoniacos. No más papisas Juanas, no más Marozías, no más Juanes XXII, no más Alejandro VI, no más Borgia, esos ilustres *nepotes*, dignos, por sus especiales conocimientos toxicológicos, de haber obtenido, á existir ella por entonces, la dirección de la Tabacalera. Estamos lejos de los siglos de oro de la creencia. Ni los Papas hacen tales cosas en nuestros tiempos, ni los tiempos lo consentirían. Lo cual viene á confirmar, con el ejemplo irrefragable de la propia sede del Catolicismo, esta aparente paradoja: que á medida que la fe en el Cristo decae, mejor se observan las enseñanzas del Cristo.

Librenos la Sociedad de Padres de Familia de creer, y aún más todavía, de decir, si por desgracia lo creyéramos, que esta regeneración de la Roma cristiana se deba, como *debiera*

deberse la de los delincuentes, á la eficacia de un infortunio con honores de expiación. Mas, ¿cómo dejar de señalar una coincidencia? Allí, en los últimos años del pontificado anterior, cuando la hidra desencadenada había dado fin al poder temporal y el bigotudo Víctor Manuel birlado al Vicario de Cristo el viejo don de Carlomagno, ¿quién ignora que los peregrinos de entonces tuvieron ocasión de contemplar al sucesor de San Pedro recluso, por intrigas de aquel judiote de Garibaldi, en calabozo estrecho, comiendo pan negro, bebiendo en cántaro y durmiendo sobre un montón de paja, piadosa reliquia muy codiciada de los fieles por aquellos días? La perfidia revolucionaria se ha ingeniado en hacer desaparecer estos flagrantes testimonios de la tiranía, obligando al Sumo Pontífice á morar en palacio espléndido, rodeado de todas las comodidades de la vida, y donde, si de algo carece, es de ese dinerillo de San Pedro, que ha dado en experimentar, de algún tiempo á esta parte, una merma creciente, poco conforme con el recrudecimiento que se advierte en los católicos fervores.

* *

A falta de la paja de antaño, los peregrinos de ahora pueden traer á sus correligionarios una grande enseñanza. En la Roma urbanizada de los Saboyas verán un Pontífice discreto y austero, una clerecía posible, unos Cardenales soportables y una Curia no demasadamente codiciosa. A poco que la perspicacia de estos romeros semeje á la de sus homónimos Robledo y Girón, presto advertirán que entre las *deficiencias* antiguas y las correcciones presentes sólo ha mediado la desgracia. Y considerando que los autores de esta desgracia correctiva han sido los Mazzinis, los Garibaldis, los Cavoures y los Víctor Manuales, se inclinarán á ponerlos en los altares como figuran los sayones en los pasos de Semana Santa. ¡Quién sabe! Acaso no estamos tan lejos de escuchar las preces que los creyentes dirijan al cielo para que Dios Omnipotente se digne perpetuar el cautiverio del Sumo Pontífice y mantener en manos de sus impíos usurpadores el patrimonio de San Pedro.

* *

Tíldase á los peregrinos contemporáneos de no seguir las huellas de sus antecesores de hábito, conchas, calabaza y bordón. Estas romerías en tren botijo no acaban de satisfacer por entero las exigencias de las almas místicas. Échase menos en ellas la fe robusta de aquellos peregrinos medioevales que acudían á los santuarios de su mayor devoción sufriendo fríos y calores, hambres y *sedes*, descalzos de pie y pierna, desprovistos de bienes terrenales y mendigando su sustento.

Los tiempos, á la verdad, han cambiado mucho. El propio Pidal no predicaría hoy con éxito una cruzada, á pesar de su barba hirsuta. Eran los peregrinos de otros días grandes culpables en ejercicio de penitencia, ó almas inquietas sedientas de santidad. Estos de ahora son curiosos viajantes, amables *turistas*, más ávidos de espectáculos que de bendiciones, y contentos de hacer un viajecillo de recreo si sale barato, y sobre todo, si es gratuito. Que Dios no nos tenga en cuenta el mal pensamiento, pero antójásenos que el Papa es, para los romeros del día, una de tantas cosas que se prometen ver en Roma.

Así se observa que los promovedores de la mística expedición han cuidado en primer término ¡oh invasor materialismo del siglo! de lo que concierne al bolsillo. ¡Cuán lejos los tiempos en que los cruzados morían de hambre á miles por no haber adoptado tan prudentes precauciones, esperando, á la cuenta, que el Dios á quien servían proveería á su mantenimiento! A bien que el precedente no era animador. Los creyentes no echaron la lección en saco roto. Así se aprende.

* *

Todo lo encontramos perfecto en eso de la peregrinación, todo, á excepción del personal. Entendámonos. No es que

relación de ideas: ¿habría sido su existencia una constante exteriorización del instinto?

Y el instinto mismo, ¿no es tan implacable, tan misterioso, tan tiránico como el «medio»?

Es casi el problema *shakespiriano*...

* *

... Cuando la manzanilla chispea, y la sangre arde, y la carne se esponja, y la idea es sensación, y el horizonte de toda idealidad está borrado por la nube sanguinolenta del deseo, ¿qué pediréis de actividad fecunda y de libertad generosa al espíritu?

El espíritu es entonces un prisionero; si la prisión dura, si no es transitoria, si en ella nos enmohecemos y á su acre atmósfera nos habituamos, del hombre, con su orgullo moral, con su luz de pensamiento, queda la máquina instintiva, montada sólo para la función mecánica de vivir como la fiera del bosque, si el instinto no duerme; como el boia satisfecho, si hasta el instinto ha desmayado.

...Arrojad una generación á esa atmósfera, á ese mundo donde la sensualidad no quiere dejar un resquicio por donde pasen con-

fortadoras y relampagueantes las cosas del alma... Esa generación saldrá con la blasfemia torpe en la boca y con la vil navaja en la mano: el hombre no es una abstracción, no es una idea impalpable é intangible... Es un pedazo de la naturaleza, que tiene alternativamente calor y frío... un poco de brisa lo refresca, un poco de nieve crispa sus nervios. Es un girasol á su modo: víctima ó producto de lo inconsciente, lo inconsciente lo salva ó lo precipita.

¿La voluntad?

Cuando la voluntad enferma, ¿no es su enfermedad otro gran misterio insondable?

* *

... La *Macarrona* y la *Coquinera* con su baile de serpentinas populares, *Juan Breva* con su «cante hondo», parecen responder al lamento de Varela...

La manzanilla y el requiebro, el *jolé!* clásico y el *jay!* del cantador son el acompañamiento de aquella gran tristeza disuelta en la frase del *valerismo* derrotado...

JULIO BURELL

BECQUER

Asegura Balzac que «su experiencia de la vida le probó cien veces el influjo fatal de un nombre en los destinos de quien lo lleva.» La crítica alemana, en estudios recientes, atribuye el *preraphaelismo* de Rossetti á la sugestión ejercida en el artista por su propio nombre. Rossetti se llamaba Dante, y esta palabra explica su concepto del arte, reflejo en un todo de la visión del poeta florentino.

No faltará quien piense que la tal teoría es un mero fantaseo; pero, sin llegar semejantes sutilezas, lo cierto es que el nombre extranjero de Becquer, si no puede explicarnos su genio poético, nos da la clave de por qué el vulgo literario supone al autor de las *Rimas* imitador de los poetas germanos.

Fundándose en el parecido de alguna estrofa, suele identificársele con Heine, siendo así que no puede haber temperamentos literarios más antitéticos.

Heine y Becquer han sido poetas elegiacos como lo fueron en cierto modo Catulo y Propertio.

El amor, intensamente sentido por Becquer, se muestra en sus labios en versos semejantes al

Tu mihi sola domus, tu, Cyntia sola penates:

el odio y el despecho nunca le arrancaron los enérgicos apóstrofes de Catulo, apóstrofes que alazotar hacen sangre. Estaba reservado á la amarga ironía *heiniiana* repetir en forma moderna los cínicos desenfados del... *Glubit magnanimos...* y del *Pædicabo ego vos...* con que Catulo contestaba á las perfidias amorosas y á las mordeduras de la envidia.

Heine y Becquer son poetas elegiacos, sí; pero el dolor de Becquer se resigna, y el de Heine se revela.

Hay pesares que se alivian al confiarse, y por lo mismo no se esconden, se descubren por entero; así son los que canta el poeta andaluz.

La musa de Heine lleva más cara y finge reír; pero debajo del antifaz se ven los ojos enrojecidos por el llanto, y la boca contraída por el rencor.

La vena poética de ambos es amplia y profunda como un gran río.

El Rhin, el río de las leyendas del Norte, arrastra hacia el mar sus aguas verdosas reflejando *encinas sagradas, dolmens* druidicos y viejos castillos ojivales; pero no perfuma sus aguas con las flores del naranjo, ni copia, temblando, la Giralda de encajes que el Guadalquivir retrata.



Un verso de poeta es un estado de alma.

El alma de niño que, al decir de los que le conocieron, tenía Becquer, alma buena, conmovida sólo por sentimientos dulces, que ni la misma lucha por la existencia logró acibarar, ¿en qué puede semejarse al espíritu atormentado de Heine, que, por morbosa impulsión, hubo de sacrificarlo todo, excepto la gloria, al sensualismo y al odio, cuando no al sarcasmo?

El poeta del *Intermezzo* no quería sobre su ataúd la corona de laurel. «Poned sobre mi féretro sólo una espada, dice; la poesía nunca ha sido para mí más que un juguete sublime; yo he sido un soldado valeroso en la guerra de la independencia de la Humanidad.»

Falsos ó verdaderos, tales conceptos encierran un voto y muestran un espíritu amante de la lucha. Becquer «quiere dormir en paz en la noche de la muerte», y para él la poesía es todo.

Duerma en paz á la sombra del laurel que plantaron sus manos, y que no han podido marchitar ni el desdén de los pseudo-clásicos, ni la ignorancia de las turbas, ni la imitación ridícula de los mediocres.

FRANCISCO A. DE ICAZA

LA MUERTE Y LA VIDA

¡Muerte y vida! ¡Qué términos más antitéticos en la apariencia! Representan los polos extremos de la realidad, el ser y el no-ser. La sabiduría popular los concibe como negativos el uno del otro, la luz y las tinieblas, el día y la noche. Frente á frente, una y otra, son güelfos y gibelinos que luchan en campo cerrado, sin tregua ni descanso. Lo que conquista la una es robado á la otra; lo que la última alcanza es á costa y riesgo de la primera. Ni el flujo y reflujo de la *pérfida ola* simboliza lo encarnizado del combate.

Pero la naturaleza, Dios Pan y Proteo de infinitos cambiantes y matices, ofrece perspectivas bien extrañas. En ella y en sus profundos limbos, y en el ritmo inalterable que, cual hilo mágico, engarza sus cambios vertiginosos, se observa que el ser llega al no-ser (todo lo que vive muere) para convertirse en elemento asimilable á nueva existencia (así lo enseña el fenómeno de la nutrición, los *ingesta* de los fisiólogos).

Allá, en los senos silenciosos de la madre naturaleza, de las tinieblas surge la luz (*fiat* continuo), á la noche sucede el día, y á la muerte aparente del invierno la fecunda vida de la primavera. ¡Cuánto cede la antítesis! ¡Cómo se acercan los polos! Ya lo presintió y lo describió de modo magistral Zola, sugestionado ante la contemplación del pudridero de una labranza. Del estiércol, residuo de lo que vivió, del olor acre de sus fermentaciones, brota lo que nuevamente ha de ser y ha de vivir. Lo muerto fecundiza lo vivo.

La vida, como el fuego, no se conserva, sino en cuanto se comunica; pero se conserva y comunica á través de la muerte. La tradición del Fénix, renaciendo de sus propias cenizas, simboliza la vida, brotando del seno de la muerte. Da la flor el fruto y antes de morir la semilla, como la madre abre y destroza sus entrañas para dar la vida al feto. Y sin solución de continuidad, con un ritmo inalterable, con una energía que, como dice Víctor Hugo, de lo absoluto *nunca se cansa*; en la naturaleza, la vida marcha á la muerte desde el crecimiento hasta su decrepitud, para aparecer y surgir de nuevo del seno de la muerte misma.

No existe tal antítesis más que en la apariencia. Ante perspectivas más complejas, la muerte es un momento transitorio dentro del proceso de lo vivo. Es negación parcial, no total de la vida; es una de sus fases, más que anulación completa. Si en lo mecánico se prueba experimentalmente el principio de la conservación de la fuerza y de su indestructibilidad, en lo vivo se demuestra la misma verdad.

La realidad es la vida. Dentro de ella, las energías que se esparcen, difunden y en la apariencia se disuelven y mueren, no llegan, sin embargo, á la nada, término inconcebible. Se transforman y cambian como materiales para nueva existencia, merced á lo que llama Delboeuf el principio de la *fijación de la fuerza*. Todo es vivo: lo muerto es lo difuso, que se ha de concretar como elemento vivo. Fechner y Gerland dicen que todo vive y que lo aparentemente muerto es *detritus* y *residuo* de la vida misma. Es, por tanto, la muerte negación *in actu*, pero no *in potentia* de la vida. Obliga tal consideración á concebir el planeta mismo como vivo, idea ya desenvuelta por el Sr. Linares en su notable conferencia *La vida de los astros*, y aun referir el principio de la vida al *medio cósmico*, que se diversifica en grados indefinidos, ofreciendo la suma de condiciones favorables para toda existencia (el aire para el hombre, el agua para el pez, etc.). Las faunas y floras, que tan

diligentemente estudian las ciencias naturales, tienen como base la diversificación del medio.

El medio, que es, en último término, el todo, vive y es principio de vida; luego todo vive, y lo que muere momentáneamente, cual intersticio fugaz de las diversificaciones del medio, de nuevo ha de vivir.

La *inmersión de la muerte en la vida*, la absorción de lo muerto por lo vivo (nutrición y asimilación) es igualmente cierta en lo mental, tomado en el sentido amplísimo de lo psíquico ó espiritual. Lo mental como lo fisiológico vive para preparar y muere para engendrar nueva vida. Tal es su ley y proceso.

Lo que da vida al pensamiento, luego que ha sido concebido, es su propagación y comunicación; lo que convierte su eficaz influencia en fuerza positiva (idea-fuerza) que dirige la conducta merced al proselitismo, es la adhesión de las inteligencias, la comunión de los fieles que dice el sentido religioso. Del proselitismo (apostolado) nace la fuerza de las comunidades religiosas, el influjo de las escuelas, la acción de los partidos políticos, de las Ligas, etc. Pero tan pronto como el pensamiento adquiere su mayor vigor, se convierte en dogmático y cerrado, y el dogmatismo, más que el sueño, es la muerte de la inteligencia. Cristaliza el pensamiento en una forma dada (idea, concepción, símbolo), pierde su plasticidad viva y muere, pues su ley es *plus ultra*. Mas no muere desapareciendo por completo, sino como la flor que dejó su semilla, como la madre que desgarró sus entrañas para dar vida á su hijo. Muere el dogma (ejemplo, las herejías y la diversidad de interpretaciones del dogma mismo) sirviendo de base para la concepción de otro nuevo; desaparece la escuela para dejar paso libre á otra más progresiva, que de la primera se asimila lo más valioso; se reorganiza el partido político con doctrinas y hombres nuevos. Lo que muere engendra lo que vive: verdad incuestionable en lo fisiológico y en lo mental, igualmente revelada en lo afectivo y volitivo.

Roma, cuyo sentimiento predominante fué el que expresa el significado de su mismo nombre, *fuerza*; que en su mayor vigor y apogeo llegó á divinizarla con la fórmula de su poeta: *adversus hostem aeterna autoritas esto* contra el enemigo no hay más ley que la de la fuerza; que llegó á definir la ley lo que agrada al príncipe (al más poderoso, al que posee la fuerza); Roma dió por primera vez la paz universal al mundo, sustituyó la anarquía por un orden jurídico y vió correr sinceras y abundantes lágrimas por las mejillas de aquellos viriles ciudadanos, cuando su gran poeta Terencio pronunció, antes que nadie, la palabra *humanidad* (*Homo sum et nihil humani a me alienum puto*) como si hubiera querido recordar que la palabra Roma tiene su anagrama en la de *amor*. Murió la fuerza, engendrando el derecho, para concebir á su vez la ley del amor.

Se muere para engendrar la vida. La muerte sólo se dice de lo individual. Muere el individuo, subsiste el todo, único sentido real del *speriamus esse aeternos* de Espinosa. La soñada inmortalidad subjetiva es el eco grosero de nuestro egoísmo, presumiendo que no sólo resuena, sino que plásticamente subsiste allá, ultratumba. La vida se halla en lo continuo, no en lo discontinuo, y los intersticios que como negaciones relativas presenta la muerte, son puntos de engarce en la continuidad de la existencia, pues se vive de la muerte.

Lo continuo es el todo, sólo el todo vive; ¿seremos los individuos como tales, é independiente de la innegable transcendencia de la vida, cruz en el agua, soñando dentro de una existencia momentánea, según el hermoso pensamiento de nuestro Calderón?

El medio ó el todo que se diversifica (ó diferencia) es el que propiamente vive, y ante tal afirmación se ofrece nuevo y más importante problema: ¿cómo surge de la diversificación del medio la espontaneidad individual, señaladamente la consciente, vértice de todo este proceso, cúpula de árbol tan frondoso, flor de la vida, superior á la flor del Lothus de la Teología india?

U. GONZÁLEZ SERRANO

A través de Madrid

Tanto va el cántaro á la fuente... Al fin y á la postre cayó Vázquez Varela, héroe de tanta novela *naturalista* de baja estofa. El Jurado, en unión del Tribunal de Derecho (descubrámonos), ha condenado al popular delincuente á catorce años de presidio.

Con franqueza: ni la acusación del Fiscal, en que ha salido á relucir *Don Álvaro ó la fuerza del sino*, ni el discurso de la defensa del procesado, valen cosa. ¡Y que un Lombroso, y un Garófalo, y un Ferri se quemen las pestañas discurriendo acerca del crimen y los criminales, para que vengan luego unos letrados á hablarnos del drama del Duque de Rivas!

El modernismo científico no nos entra, confesémoslo; ni el lite-

tengamos nada que decir contra los actuales romeros. La idea de una peregrinación obrera parécenos un verdadero *tour de force* de la inventiva ultramontana. Ningún homenaje más oportuno y delicado para el iniciador del socialismo católico, para el autor insigne de la última famosa Encíclica. El obrero está ahora en moda; á él es al que hay que tener propicio. Por eso, aun á riesgo de desdecirse un poco, resucitando el pensamiento del catolicismo democrático y un si es populachero, condenado por el venerable Pío IX en cabeza de Lamenais, es llegada la ocasión de recordar, después de los años mil, que el Evangelio fué predicado para los humildes. Los católicos españoles pueden invocar en este punto un signo cierto de los designios providenciales. Pablo se llama entre nosotros el apóstol del socialismo obrero, como Pablo se llamaba el apóstol de los gentiles. Y el nuestro, además, por contera ó de apellido, se llama Iglesias. ¡Maravillosa coincidencia que señala la conjunción necesaria entre el locuaz excajista y el catolicismo!

Lo que nos parece censurable en ese personal peregrinante, es precisamente su fe. Porque, vamos á cuentas. ¿Qué objeto tiene la peregrinación? Confirmar á los fieles en sus creencias. Si para ello se supone adecuada la visita á Roma, ¿no lo será igualmente para desvanecer el excepticismo de los incrédulos? Y entre una cosa y otra, ¿cabe vacilar? Llevar fe á la conciencia de un creyente es llevar agua al Oceano. Lo que importa es convertir herejes y salvar almas.

Hagan, pues, los reverendos prelados sus colectas, acumulen sus elementos, terminen sus aprestos é inviten después á todos los descreídos, á todos los heresiarcas, á todos los ímpíos, á ir á Roma por cuenta de los devotos. Por cierto tenemos que ni el propio Demófilo ni el mismísimo Nakens se habían de negar á trasladarse al emporio del catolicismo, con tal que los pagaran el viaje.

Bien se alcanza que ha de parecer durillo á los neos eso de sufragar de su peculio la excursión de los herejes. Pero ¡qué hacerle! Al que algo quiere, algo le cuesta. Los mismos cepillos de ánimas nos enseñan que las almas no se salvan gratis. Y ¡qué triunfo el de esos *primos* de la piedad y *caballos blancos* de la devoción si, al regresar los protervos de la Ciudad Eterna, les dieran el espectáculo de un Nakens alumbrando al Santísimo, ó un Demófilo ayudando á misa!

ALFREDO CALDERÓN.

QUICO EL SAPO

I

El gran entretenimiento de aquel pueblecillo de pescadores, perdido entre montañas abruptas, bajo un cielo de añil, era Quico el Sapo. En las noches de invierno, los marineros se divertían emborrachándole. Entre ellos, uno á quien apodaban el Lobo, por lo velludo y fornido, llevaba en ocasiones la broma hasta darle vino con petróleo, que Quico apuraba tan campante. Una vez á medios pelos, le toreaban á su antojo.

—Vamos, Quico, cuéntanos lo que te pasó con la Perfleuta aquella noche.

Quico, limpiándose la boca con el dorso de la mano y sonriendo picarescamente con sus ojos saltones de sapo, que nadaban entre lágrimas pitarrosas, empezaba tartamudeando, como solía, su relato. Los marineros se agrupaban en torno suyo, refocilándose de antemano con las picardihuelas del borrachín.

—La Perfleuta me dijo: «Quico, sién... siéntate en mis... mis pi... pi... piernas...»

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Pus... pus me... me senté.

—¿Y luego?

—Pus... pus la... la besé.

—¿Dónde?

—En la... la bo... boca.

—¡Ah, granuja!

Y soltaban el trapo á reír, entre exclamaciones y votos.

La Perfleuta, como la llamaban, era una ventera de más de sesenta años; desdentada, con una tripa tamaña como un bombo.

Generalmente se la veía sentada á la puerta, zurciendo medias de lana ó echando de comer á un cerdo rubio, su compañero fiel, que, con las orejas gachas y el hocico embarrado, la seguía por todas partes gruñendo.

—¡Adiós, Perfleuta!—la decían maliciosamente los carreros y labradores que pasaban.

—Quedai con Dios—contestaba con displicencia, sin mirar á quién.

—Y ¿qué hay de mozucas? ¿Se saca pa la borona?—la preguntaba alguno, dándole un manotazo en el hombro.

La Perfleuta, levantándose malhumorada, se metía bruscamente, con silla y todo, en la taberna, no sin maldecir al cerdo, que se la enredaba, á menudo, entre las faldas.

Contábase que Quico la auxiliaba en sus bellaquerías, á trueque de algunos vasos de vino, y se fundaban en que regularmente se les veía secretear junto á la iglesia, ó en la fuente del Tejo, ó en la misma taberna, ya entrada la noche. A veces reñían.—¡Borracho!—¡Bruja!—¡Hijo de perra!—Y quedaban después tan amigos.

Quico, como perro sin amo, vagaba de aquí para allá. Tan pronto se le veía vendiendo cajas de fósforos, como tirado boca arriba en el soportal de la casa del cura, durmiendo la mona; tan pronto ayudaba á los pescadores en el muelle á vaciar las lanchas atestadas de merluzas vivitas y coleando, como ayudaba á los volatineiros que aparecían por el pueblo de tarde en tarde, á levantar la tienda en medio de la plaza. Llevaba siempre los bolsillos del pantalón repletos de baratijas: una cadenilla de cobre, una sortija de estaño, un librito de papel de fumar, mendrugos verdosos, un mechón de pelo de su primera novia (según decía), envuelto en un papel de estraza, dos ó tres tagarninas medio destripadas, un pedazo de bramante, etc.

Todas las tardes, al llegar, ya anochecido, la diligencia, con su melancólico cascabeleo, Quico, acercándose á los viajeros, les decía:—¿Hay algo que... que... cargar?—Algunos le entregaban sus maletas, y era de ver cuán seriamente las llevaba, con el sombrero sin copa hundido hasta las cejas y una colilla negruzca en la boca, tropezando aquí y allá, más borracho que una cuba.

* *

Entre los forasteros recién llegados aquella tarde, venía una señora viuda, joven aún, y hermosa, muy caritativa y vivaracha. Desde que supo que por el pueblo andaba un infeliz llamado Quico, que era el hazme reír y el mingo de todos, entró en deseos de conocerle, porque, según ella, hay que practicar la caridad en todas partes.

—Quico, recita el Tenorio,—le decían por noche varios marineros.—La señora quiere oírte.—Entre los circunstantes figuraban algunos vecinos y no pocos bañistas. El pueblo, aunque diminuto, tenía una playa espaciosa que bañaba el Cantábrico.

De muchas partes acudía la gente, durante el veraneo, á Cuérniga, que así se llamaba el pueblecillo, en busca de aire salobre y paisajes luminosos. Por las tardes se reunían algunos en una á modo de terraza de un vetusto castillo derruido, abierto sobre las rocas, contra las cuales el mar, enarcándose, batía fragorosamente. Junto al castillo se bañaba la gente pobre, revuelta con los caballos: los hombres en pelota, y las mujeres en camisa. No había modo de que éstas se mojasen la cabeza, y cuando alguna lo hacía, chillaba estrepitosamente.

—Recita el Tenorio, Quico.—Dejadle; ¡pobrecillo!—exclamaba Doña Carmen, que así se llamaba la viuda.—No, si le sabe. Anda, tonto, recita.—Y en medio de la calle, á la luz agónica de un farol de aceite, que dejaba entrever la mancha movable de unos bueyes desuncidos, empezaba el borracho:

«No es vedá, padoma... padoma...
que en esta apatada... apatada odilla
da duna... da duna brilla...»

—¡Marranos! ¡Indecentes!—gruñía repentinamente Quico, pugnando por escaparse de aquel círculo de curiosos que le aprisionaba. ¿Qué ha sido?—le preguntó alguien entre las risotadas del gentío.—¡Cochinos!—continuaba.—Pero, oye, dí: ¿qué ha sido ello?—Pus... pues ¡que me han odinao encima! ¡Marranos!

—¡Pobrecillo! prorrumpía la viuda.—¿Por qué darle esas bromas tan pesadas?—Y tan sucias,—añadía ceremoniosamente por lo bajo el Secretario del Ayuntamiento, que las echaba de fino.—Venga usted acá, Quico,—continuaba doña Carmen; tome usted esas perras y váyase á dormir.

Quico, al tomar la calderilla, levantó lentamente aquellos ojazos grises y aguanosos, que parecían hechos con ostras podridas, y quedó como perplejo, sin acertar á moverse.

—¿Qué le pasa á usted, hombre?—le dijo doña Carmen sonriendo benévolamente.

—¿A mí, á mí? ¡Je, je! Pus ná.

Echó á andar con paso vacilante de atáxico, no sin volver á menudo la cara y mirando con mirada vidriosa, pero triste, de buey

viejo, á doña Carmen, cuya airosa cabeza rubia bañaba pálidamente la luz del farol.

Ya distante, sentía un prurito que le impulsaba á volver y echarse á los piés de la viuda; pero no se atrevía. Una vaga sensación, mezcla de miedo y de algo que él no atinaba á explicarse, le contenía. En él las ideas, incoherentes y borrosas, rara vez llegaban á mover su voluntad enferma. Durante la noche, en medio de sus frecuentes delirios alcohólicos, en que se figuraba rodeado de sapos y cangrejos, arañas y ratones, veía confusamente, como envuelta en un vapor rojizo, la imagen de la viuda; pero el resoplido y el patear de las mulas en la cuadra, en uno de cuyos rincones solía dormir, apoyada la cabeza sobre una paca de heno, le arrancaban bruscamente de su ensueño. Después se levantaba dando gritos, como si trataran de matarle. — ¡Socorro, auxilio! — y echaba á correr, ó, armándose de un palo, acometía contra las bestias, que se le antojaban fantasmas horripilantes. Al día siguiente permanecía inmóvil, como petrificado, sumido en un letargo de muerte, del que salía para pensar en el suicidio.

**

Doña Carmen llegó á cobrarle cierto cariño lastimoso, y le aconsejaba con frecuencia que no bebiese.

— Mire usted, Quico, que eso le hace daño. ¿Por qué bebe usted?

— ¡Si es la marinería!... — contestaba maliciosamente.

— Sí, ya lo sé. Esa gentuza se divierte á costa de usted.

— No, si no soy yo quien paga — replicaba riendo estúpidamente.

Para ocuparle en algo y justificar las propinas que le daba, le encargó que le llevase á diario la ropa del baño á la playa. Doña Carmen, con su doncella, iba delante, moviendo rítmicamente sus amplias caderas de jamona. Quico, que iba detrás, recogiendo conchas y zambullendo los pies en las charcas, besaba furtivamente el lío perfumado de olor á carne fresca y á salitre.

— ¡Dios mío! — exclamaba la viuda: — ¡y cómo está la mar hoy! ¡Jesús, qué olas!

— Es que hay resaca — agregaba Quico.

Una vez doña Carmen en el agua, fuertemente asida á la cuerda con una mano y á la doncella con la otra, Quico, en cuclillas, entretenido aparentemente en abrir hoyos con las manos en la arena, dejaba resbalar sus ojos de imbécil sobre las turgentes formas de la viuda, que blanqueaban al través del traje oscuro. ¡Con qué ardor enfermizo de borracho hubiera mordido aquel seno, que se hinchaba como las mismas olas, y aquella cabeza húmeda, que brillaba con visos de oro mate!

Apretando nerviosamente los puñados de arena, hasta ponerse las palmas de las manos lívidas, espaciaba la vista sobre las hirvientes arrugas del mar, que le atraía, ofuscándole de un modo siniestro. Un sordo instinto criminoso le bullía en el cerebro, y sus ojos grises chispeaban como placas de zinc herrumbroso heridas por el sol.

FRAY CANDIL.

(Se continuará.)

Frases ilustradas, por Mecachis

(PRIMERA PARTE)



¿Que un hombre de mi linaje
descienda á tan ruin mansión!...

ZORRILLA.



Siento frío por la espalda
y me late el corazón.

(La Pasionaria).

LEOPOLDO CANO.



¡Qué escándalo ha precedido
á la invención del vestido!

BARTINA.

Palabras sueltas

«Esta noche se verificará en el Liceo Rius un gran concierto de canto y baile flamenco, en el que tomarán parte los artistas más aplaudidos del género andaluz.»

«Entre las bailadoras figuran la Coquinera, las Macarronas, las Borriqueras y la del Pamplina. Para sevillanas, Matilde Prada.»

«Cantadores, Juan Breva, Antonio Revuelta, José Barea, y las tan conocidas Rita y la Gaditana.»

«Tocadores, Pozo y el Niño.»

(De los periódicos.)

«Mi triste sino.» — Esta frase, pronunciada por Varela al sentarse últimamente en el banquillo, parece como el eco de un cantar gitano, tiene la siniestra amargura de la *carcelera* desesperada.

«Mi triste sino...» — Pasa al través de esa frase toda una vida llena de cosas negras, — infancia consentida, juventud envenenada por el limo del arroyo y el ambiente de un mundo donde la sangre es alcohol, el amor apetito, la alegría locura, y el punto de honor codicia de la navaja.

**

«Mi triste sino...» — Los viejos agüeros, la influencia de los astros, ¿no serán realmente cosas efectivas en el sentido de una pesadumbre total de los hechos, sobre la voluntad y sobre el organismo humano?

En los astros ó en la tierra, en pleno cielo ó en plena calle, en el alma ó en el cuerpo, en el cerebro que elabora el fluido intelectual, ó en el corazón que envía al cerebro la sangre que ha de convertirse en fluido y en idea... ¿qué más da?

Ello es que, llámese el agüero astrología ó llámese antropología, más pomposamente, hay una fuerza misteriosa, fuerza del «medio», fuerza disolvente, atávica ó espontánea, que envuelve este, que destruye aquél, y que pasa de largo al lado de otros.

Cambiad á Varela de «medio», colocadlo en la posibilidad de otra

rario tampoco. Y cuenta que hay críticos entre nosotros que dicen muy gravemente que el naturalismo pasó. Sí; pasó, pero no por delante de casa. Lo que sí nos ha entrado (en rigor, tampoco, porque le teníamos en casa desde tiempos de Felipe II) es el misticismo puro, que diga lo que diga algún krausista disfrazado de Santa Teresa, es una forma de neurosis, observada mucho antes de que Max Nordau y D. Pompeyo Gener (¡ay, qué guasa!) publicasen *Degeneración y Literaturas malsanas*, ó... *Don Pompeyo en Carnaval*.

No saben esos pobres diablos que están haciendo *el Tolstoi*, sin percatarse. Y el novelista ruso, cuya doctrina es un estado de espíritu, como indica Mauricio Spronck, tiene más de loco que de apóstol.

Pero volvamos á Varela. ¿Se ha probado que fuese el autor de la muerte de la Antonia Piñeiro? Al decir de los médicos forenses, fué Varela quien la mató. El defensor, en párrafos dignos de la prosa del Dr. Garrido, lo niega.

¿Se ha estudiado á Varela *patológicamente*? No, ni falta. El libre albedrío, la espiritualidad del alma nos prohíben dar crédito á esas cosas, *chifladuras* de unos cuantos alienistas italianos que están más locos que los mismos locos de remate. El crimen no es producto de la organización cerebral, de la herencia fisiológica, del medio, no. Nace *espontáneamente*, como los hongos.

¡Oh, qué miedo hay que tener á una justicia que juzga con clichés y falla de acuerdo con un código metafísico, mandado recoger!

Conste que yo no defiende á Varela. Siempre creí que era un criminal impulsivo, *atávico*. Pero creo asimismo que, antes de condenar á alguien, se deben agotar todos los medios que la ciencia ofrece.

Mientras el Tribunal de Derecho no estudie y se *modernice*, y los Jurados sigan fallando conforme á preguntas *dilemáticas* (*si ó no*) y, lo que es peor, mientras el Jurado se componga de individuos que no saben de la misa la media en punto á derecho y... medicina, la justicia, lejos de ser un amparo y una garantía del ciudadano, será una eterna amenaza que sólo inspirará temor.

El derecho—y menos el derecho penal—no es cosa constituida; está formándose; pide reformas á diario, rectificaciones constantes y, sobre todo, observación paciente, porque, así como no todos tenemos la misma cara, cada delincuente tiene su temperamento peculiar.

Mientras los Gobiernos, preocupados generalmente en *egotismos* irritantes, permitan que las tabernas sobrepujen en número á las escuelas, y las casas de prostitución estén abiertas de par en par á toda hora, no habrá razón suficiente para condenar á nadie. La misión social es evitar el delito, no condenarle. ¡Qué derecho tiene un padre á quejarse de que el hijo sea un canalla, si descuidó su educación y alimentó sus vicios con su tolerancia!

Ahí tienen los *Padres de Familia* tela que cortar.

¿Por qué no persiguen la prostitución clandestina, foco de tantos males? ¿Por qué no vigilan las tabernas y auxilian á tiempo á la juventud desvalida, que se prostituye por hambre muchas veces?

Perseguir bailarinas y periodiquillos pornográficos no conduce á nada, aunque, después de todo, yo creo, con ilustres psicólogos del día, que la inmoralidad se difunde en muchos casos por *sugestión*. Por consiguiente, no está de más *parar los piés* á todo aquello que pueda influir perniciosamente en los cerebros débiles, que son muchos. Pero hay que distinguir lo *pornográfico* de lo que no lo es. Entre *Madame Bovary*, de Flaubert, y *Las flores del mal*, de Baudelaire, llevados á los Tribunales por atentatorias á la *moral pública*, y esos libejos indecentes y anodinos que se venden en la Puerta del Sol, hay un abismo: el que hay entre el mar y un charco de agua pantanosa.

Seamos moralistas, no me opongo; pero respetemos el arte.

F. C.

En el próximo número publicaremos, entre otros artículos, los siguientes:

Carta al Reverendo Padre Barnum, por MARIANO DE CAVIA.

Verlaine, por FRANCISCO A. DE ICAZA.

Quico el Sapo, cuento (conclusión), por FRAY CANDIL.

Los plagios de la Sra. Pardo Bazán. Documentos y comentarios.

FRASES ILUSTRADAS

(SEGUNDA PARTE)



—Con tal que yo lo crea,
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

CAMPOAMOR.



Mucho hace quien mucho ama.

KEMPIS.



—Mis párpados se cierran, ¿qué sucede?
—Es el amor que pasa.

BECQUER.

DE ORO Y AZUL

Genaro Alas titula de este modo un artículo sobre la cuestión de Gibraltar:

Dar de beber al inglés.

Y esto nos da alas para completar las Obras de Misericordia del Ministerio nuevo.

En efecto, obras son amores y no Amós Salvadores.

Véase la clase:

Dar de comer en Fomento.

Dar de beber al inglés.

Vestir á Aguilera.

Consolar á Canalejas.

Visitar á Gamazo.

Dar posada á la peregrinación obrera.

Redimir al rifeño.

Dar buen consejo al que lo ha Puigcerver.

Corregir á Becerra.

Groizard al que no sabe.

Enterrar á los posibilistas.

Et cétera, et cétera, et Práxedes.

Dice *La Correspondencia*:

«Crisis obrera. El Ministro de la Gobernación se preocupa tanto con este asunto, que puede decirse que sueña con él.»

¿Soñar cuando conviene

que á don Alberto

le encuentran esas cosas

más que despierto?

La presentación del Gobierno á las Cortes:

«El Sr. Sagasta, una vez aprobada el acta y leído el despacho ordinario, pedirá la palabra para hacer la presentación del nuevo Gabinete y explicar la última crisis de que procede.»

Después de tan largo interregno, es natural que el Presidente comience su discurso como Fray Luis de León:

—Decía Amós ayer...

Los corresponsales de Cádiz toreando á la reunión:

«Dícese que todos los Concejales fusionistas dimitirán sus cargos, siguiendo la conducta del Jefe del partido, D. Cayetano del Toro.

»La mayoría del vecindario, sin distinción de colores políticos, lamenta la decisión del Sr. del Toro.

»La opinión pública desea que el Gobierno no admita la renuncia al Sr. del Toro.

»El Presidente de la Diputación, D. Cayetano del Toro, ha hecho renuncia de su cargo, fundándola en motivos de salud.»

¿Tienen ustedes algo más que añadir?

Porque no ha llegado la hora suprema de sacar la media luna.

Precauciones de rúbrica.

Decía un periódico el día 2:

«El Secretario del Gobierno civil ha examinado hoy todas las dependencias del Congreso.»

Muy bien hecho.

Para ver si los anarquistas habían puesto alguna bomba con tres días de anticipación.

Leemos en *El Imparcial*, en letra gorda:

Un tesoro bajo una garita.

Traslado al Alcalde.

¿Quién sabe si ese descubrimiento habrá salvado la renta de Consumos?

Despacho de Melilla:

»El General Sr. Martínez Campos se embarcó á las cuatro de la tarde en el *Alfonso XII*, sin aparato alguno.»

Vamos, de un salto.

Porque todos empleamos para el embarque cualquier aparato, aunque sea modesto.

Cuando menos, la escala de cuerda.

El proteccionismo allende los mares:

«Telegramas de Calcuta anuncian que el jueves, día 5 del corriente, se reunirá en aquella ciudad un *meeting*, que tendrá por objeto principal dirigir al Parlamento inglés una petición para que no se supriman los derechos de aduanas sobre el algodón en rama.»

Celebraremos que el Parlamento inglés no se ponga el producto en los oídos.

M. Romero, impresor.

MADRID

Tudescos, 34.—Tel. 875

SECCIÓN DE ANUNCIOS

SOLFEO SÁTIRAS Y CRÍTICAS

POR FRAY CANDIL

(EMILIO BOBADILLA)

Con un prólogo de U. GONZÁLEZ SERRANO

Contiene críticas acerca de Echegaray, Galdós, Castelar, Sellés, Balart, E. Pardo Bazán, Icaza, Sinesio Delgado, Salvador Rueda, Luis Ansorena, Urrecha, Conde de las Navas, Feliú y Codina, Calderón, Lezama y otros muchos.

Precio, 3,50 el ejemplar.

AGUAS AZOADAS

GREDA, 6

De maravillosos efectos en las afecciones de las vías respiratorias, catarros crónicos, bronquitis, asma, etc.

También se aplican con éxito infalible en los casos de dispepsia. Despiertan el apetito y regularizan la digestión.

Para más pormenores,

GREDA, 6

AGUAS AZOADAS

Pastillas Bonald

(DE COCAINA CLOROBOROSÓDICAS)

Preparación farmacéutica de excelentes resultados en las inflamaciones de la boca y de la laringe, que ha merecido la aprobación de nuestros facultativos más notables.

GORGUERA, 17

REVISTA ESTOMATOLÓGICA

SALDRÁ EN EL PRESENTE MES

Vino alimenticio de Bonald

(Preparado con peptona, coca, quina y cacao)

Empléase con gran éxito en la clorosis, anemia, falta de apetito, digestiones tardías, dolores frecuentes de estómago, etc.

Precio del frasco, 4 pesetas.

Depósito central,

FARMACIA DE BONALD

Gorguera, 17

GRAN PELUQUERÍA

DE

JUAN MONTOYA

26, Caballero de Gracia, 26.

Exámen de Críticos

POR

Francisco A. de Icaza

Precio: 2 pesetas el ejemplar

EN PRO Y EN CONTRA

CRÍTICAS

POR

U. GONZÁLEZ SERRANO

TRES PESETAS EJEMPLAR



Higiene de la cabeza.

AGUA DE QUINA PALOMAR

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello, y el único remedio que evita la caída del pelo, conservando perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente, que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Frascos desde 1 á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, pral.

Perfumería de PALOMAR

Por mayor: MELCHOR GARCÍA

Capellanes, 1, duplicado.

Angel Canosa

Gato, 3, y Cruz, 31

MADRID

Petróleo refinado superior; se vende por litros y en latas de 18 litros herméticamente cerradas.

LUZ BRILLANTE

Petróleo de calidad superior y extra-refinado.

Se sirve á domicilio en bidones de cinco litros y en latas de 18 litros precintadas; garantía para el consumidor en calidad y en cabidad.